

Un Cristo para hoy¹



Cuando nos encontramos con alguien todo él está ante nosotros, aunque solo cuando nos abrimos a la relación en confianza dejando que sea él mismo, más allá de nuestras ideas preconcebidas, reconocemos la hondura y amplitud verdadera de su ser. Lo mismo sucede con Cristo, en cada momento histórico importa sobre todo esta actitud humilde y confiada que nos hace aceptar la invitación a recibir de él su misterio, siempre insospechada y sorprendentemente rico en su ser. Porque, en realidad y según nos dice la fe, somos nosotros los que aún no nos conocemos hasta que él nos enseñe quien somos en realidad.

Es necesaria pues (condición primera de un reconocimiento verdadero de Cristo, sea académico o para andar por el mundo como cristianos) la paciencia de la relación (darle tiempo a la oración), el esfuerzo de la reflexión (buscarle en las palabras de su evangelio y en aquellas de los que lo han estudiado) y la fidelidad en el seguimiento (para comprender con la carne y no solo con el pensamiento). Pocas cosas deforman más la figura de Cristo que el creer que ya se le conoce y que, por tanto, no hace falta escucharle prestando atención a los detalles del concreto evangelio (tal y como nos llega en la Palabra y en el Espíritu). Buen ejemplo es Pedro cuando, a mitad de camino, ya ha decidido lo que tiene que ser Jesús (Mesías) y lo que no (Siervo), y es impelido por Jesús a ponerse detrás de él para seguir aprendiendo y librarse de todo lo que le separa aún de comprender y vivir la verdad de Jesús (Mc 8, 27-38). Debe ser siempre Cristo quien escriba su *logos* en nuestro ser (2Cor 3, 3).

Por otra parte, cada ser humano es un mundo de historias personales, de afectos y percepciones particulares, de ideas, anhelos y esperanzas inintercambiables... que hacen que su relación con Cristo sea única. Pedro y Tomás caminan con Jesús, los dos le confiesan, los dos se proponen llegar al límite, incluso mortal, en el seguimiento, los dos se topan con su fragilidad, pero todo de forma diversa, siendo Cristo el mismo y diferente, a la vez, para ellos. Así la confesión de fe que el cristiano emite con otros ante Cristo, siendo la misma y diciendo lo mismo, se expresa en sus afectos e impulsos, en sus diálogos y consecuencias de diversas maneras, mostrando Cristo la riqueza pluriforme e inagotable de su ser (el Cristo de San Agustín, el de San Francisco, el de Santa Teresa de Jesús o el de la beata de Calcuta... por ejemplo).

¹ Texto ampliado de una redacción previa para la revista *Teresa de Jesús*.

Proponemos ahora algunos elementos que creemos importantes para acoger hoy una imagen de Cristo coherente con la fe e incisiva culturalmente.

Hoy, desgraciadamente, es necesario decir que mayoritariamente está extendida una fe muy pobre, más de ideas preconcebidas que de una meditación y estudio asiduo de la persona de Cristo. Nos hemos sometido a una piedad perezosa, de devociones afectadas o de ideas piadosas o sociopolíticas preconcebidas, que han dejado la fe, quizá sincera, a pocos pasos del abismo de la superstición, la irracionalidad y la ideología. Necesitamos someternos al Cristo evangélico con el corazón y con la cabeza, y llevar a juicio esa cascada de devociones e ideas que han deformado y domesticado su vida (secular o eclesiásticamente). Es necesario un esfuerzo por ser honestos con la verdad de Cristo aunque nos cree inseguridades. ¿Acaso los primeros discípulos le siguieron porque les daba seguridades y les decía que siempre tenían razón?

Esto supone una cristología que ayude pedagógicamente a superar la vulgarización del misterio de Cristo realizada no solo por una sociedad secularizada, sino en el mismo pueblo de Dios tan falto de hondura cristológica por prejuicios tanto en el bando de los dogmáticos, como en el de los espiritualistas o en el de los sociopolíticos. Que incite a leer y pensar, a dejarse provocar y ensanchar los horizontes propios, por más que sean los de toda la vida (eso que llamamos acriticamente “toda la vida”). Esto requiere una forma de hacer cristología incisiva a la hora de sacar a la luz las carencias, comprensiva (y comprehensiva) a la hora de presentarlos y cordialmente propositiva a la hora de ofrecer caminos de regeneración intelectual y espiritual a los fieles.

Necesitamos, por eso, *acoger a un Cristo que sea dueño de sí y no nuestro fetiche*. Un Cristo que marque las reglas del juego y que no sea traído y llevado como si fuéramos los dueños de sus ideas y los jueces de sus palabras y acciones. Aparecerá entonces un Cristo pro-vocativo, que pone en tensión nuestra vida para que descubramos la llamada verdadera de Dios. Un Cristo que no pertenecerá a las derechas o a las izquierdas, a los curas o a los laicos... sino que se manifestará solo, como al principio, a esos que dicen: *¿a dónde iremos si solo tú tienes palabras de vida eterna?*, y le siguen con confianza.

Hoy es necesario *acoger a Cristo desde el dogma eclesial*. Esto no significa dar vueltas a conceptos y transformar la fe en especulación, sino partir de Cristo como Palabra de Dios que se dirige a nosotros de manera absoluta y última. Partir sin miedo del dogma es acercarse a Cristo no simplemente de tú a tú (como si fuera solo igual a nosotros), sino con el temor y temblor de saber que en él estamos ante la presencia última de Dios, sorprendentemente cercana en su salvación, pero a la vez, y por eso mismo, el lugar donde todo queda juzgado y ante el que no hay ya más componendas: *el que no está conmigo está contra mí. El que no recoge conmigo desparrama* (Mt 12, 30). Lo mismo que el pecado se reconoce solo yendo más allá de su expresión en número y especie, y que enumerados los pecados no siempre se encuentra uno sabiendo lo que sea el misterio del pecado del que nos rescata Cristo, así mismo los datos de la reflexión cristológica deben articularse por una transversal mistagógica que dé expresión real al misterio de Cristo. Esto supone que la cristología no debe reducirse a la manualística.

Hoy es necesario que los teólogos reflexionen esto frente a las propuestas de los otros caminos religiosos y de las propuestas a-teológicas de sentido y salvación no solo con conceptos puros nunca suficientes, sino con una percepción sacramental de la revelación de Dios. Y es igualmente necesario que los fieles cristianos vivan esto frente a los múltiples absolutos que se ofrecen como caminos de salvación o al menos de un bienestar a corto plazo con praxis de resistencia cultural y de propuesta cordial.

Es necesaria, igualmente, una cristología que re-inserte la acción litúrgica en el pensar cristológico. El saber cosas sobre Cristo no nos lleva directamente a él. Solo conoce finalmente a Cristo quien lo encuentra, o más específicamente, quien se deja encontrar por él, quien acepta la invitación: *venid y veréis* (Jn 1, 38-39). Cristo sigue teniendo una presencia viva actual que nos hace sitio junto a sí y nos invita a una relación de vida. Es en la liturgia donde celebramos esta acogida, esta verdad de Dios haciéndonos sitio en Cristo para recibirnos y regenerarnos. Es cierto que esto supone una comunidad que muestre esta hospitalidad de Dios en la vida concreta, pero la verdad última de esta acogida se da en el encuentro sacramental con él. Sin liturgia, pues, nos quedamos sin Cristo, aunque conservemos su recuerdo o alguna de sus ideas. Y como dice san Juan de la Cruz, nuestro anhelo de su vida, *la dolencia de amor no se cura sino con la presencia y la figura*. Pero no basta “ir a misa”, es necesario celebrar en ella un verdadero encuentro personal y comunitario que nos sitúe en contacto con la vida resucitada de Cristo donde él mismo nos resguarda en Dios (Col 3, 3).

En tercer lugar, es necesaria *una relación de fe con Cristo*, que acepte que su misterio personal no se mostrará nunca a través de los estudios históricos, por más que estos sean una ayuda, y que tampoco se mostrará nunca a través de los conceptos dogmáticos, aunque esos sean necesarios. El creyente que ingenuamente se acerque a los actuales estudios históricos intentando abrazar al verdadero Jesús recibirá de él un nuevo *no me toques* (Jn 20, 17) haciendo saber que su misterio es ahora dado solo en una relación de fe a través de la Iglesia. Por otra parte, la obsesión por el dogma que cree poder retener a Cristo pronunciando fórmulas exactas termina por encerrar a Cristo en una armadura que no deja ver su carne amable y su insondable espíritu divino. Esto significa que la fe en Cristo se deberán vivir más allá (no más acá) de la historia y del dogma, en esa distancia que define la fe y que incomoda al testigo que querría abrazar ya y del todo a su Señor y poder presentárselo de tú a tú a cualquiera y en cualquier situación.

En cuarto lugar, necesitamos hoy *una fe cristológica centrada en la identidad salvífica de Jesús*. Sobrepassar la obsesión por su enseñanza moral (importante, pero absolutamente insuficiente) y contemplar su vida como testimonio de la misma interioridad de Dios que se expresa creativamente en la historia. Necesitamos re-aprender que Cristo es la forma en la que Dios mismo ha modelado definitivamente a la humanidad, es decir, que en él se ve la nueva creación en su acabado. Re-aprender a mirar a Cristo resucitado como el lugar que ofrece esperanza última al mundo porque en él se ve el destino glorioso de la creación de Dios sobrepassado ya todo dolor.

Además necesitamos re-aprender a mirar su cuerpo muerto en la cruz como perpetua apertura del amor de Dios a todo hombre, como signo levantado para atraer a todos hacia sí con su amor misericordioso y pro-existente. Por tanto, como lugar donde Dios abre su salvación a todos los que, vengan de donde vengan, se entreguen humilde y confiadamente a este amor. Re-aprender a sentirle como el que atrae a todos hacia sí (perpetuo intercesor) permaneciendo como pastor que busca a los perdidos.

Re-aprender su vida como permanente compañía personal de todos y cada uno de los que buscan, aunque no lo reconozcan mientras van *de camino*; re-aprender que él es el amigo fiel y verdadero maestro ante el que toda vida debe acrisolarse sometiéndose a juicio.

Finalmente, necesitamos hoy *una fe cristológica que acepte el seguimiento hasta la cruz*. Que redescubra, más allá de nuestros tratos con la tranquilidad y la indiferencia frente a un mundo radicalmente injusto, la justicia de Cristo que posibilita y pide una fraternidad real realizada a partir de los más pobres y humillados. Solo hay aprehensión verdadera del misterio de Cristo cuando se es capaz de aceptar perder la vida con él sabiendo que en él se recuperará viva en plenitud (Mc 8, 35). La fe cristológica deviene así, entonces, acontecimiento expresivo hoy, aquí y ahora, en los que saben del amor salvífico de Cristo y, elegidos por él, le re-presentan en su vida y su muerte ante el mundo, presencia sacramental de Cristo mismo para salvación de todos (1Pe 2, 12.21-25; 2Cor 4, 10-12; Ap 6, 9-11). Esto supone que Cristo aparece hoy, como siempre, en los mártires (testigos de la fe y la justicia de Dios).

Si es verdad que *Cristo es el mismo ayer, hoy y siempre* (Hb 13, 8), cada generación, hoy nosotros, ha de darle cuerpo ante el mundo, y para ello debemos dejar que sea él mismo quien nos de su Espíritu. Esta es la tarea: recibirlo con verdad, celebrarlo y vivirle como salvación, y ofrecerlo como hogar y plenitud de vida.

Francisco García Martínez